

tema del mes

Crisis económica y educación

El sindicalismo internacional ante la crisis

Javier Doz Orrit
Secretario de Internacional de CCOO

Las organizaciones sindicales internacionales no se han enfrentado a una crisis económica de la profundidad, duración (previsible) y generalidad como la que se inició en el sistema financiero de los EE UU, en el verano de 2007, con la crisis de las hipotecas “subprime”, que estalló como crisis financiera global en septiembre de 2008, tras la quiebra de Lehman Brothers, y que acabó contaminando a la economía real a una velocidad desconocida, produciendo ya una fuerte recesión en los principales países de la OCDE, en el último trimestre de 2008.

LAS ÚLTIMAS previsiones del FMI y la OCDE para 2009 –y, hasta el momento, cada previsión ha sido significativamente más negativa que la anterior- hablan de una disminución del PIB del mundo –la primera de la Historia de las series estadísticas fiables- entre el 1,5% y el 2%; de una caída del PIB en el área de la OCDE del 4,2%. En torno al 4% se sitúan las previsiones de disminución del PIB en la UE27.

En España, con los pronósticos más realistas apuntando a una caída del PIB en 2009, del orden del 3%, y del 1,1% en 2010, la intensidad del aumento del desempleo –producido ya en su mayoría por destrucción de puestos de trabajo- es muy superior al que reflejan los datos de disminución de la actividad económica; de hecho, la tasa española de aumento del desempleo es la más elevada del mundo, y nos colocará, de no cambiar sustancialmente las cosas, en una tasa de paro del 20% de la población activa en 2010.

Para enfrentarse a la grave recesión mundial, procurando que no derive en una depresión profunda, los gobiernos de los países desarrollados y de los emergentes tienen que actuar coordinadamente. Para estabilizar el sistema financiero internacional, y regularlo de forma transparente, precisa y democrática, para que en el futuro no genere otra crisis sistémica como la que estamos sufriendo; para reactivar la demanda de la economía global mediante políticas de inversión y gasto públicos y a través de la restauración de la confianza de los agentes económicos y los consumidores. Habida cuenta del grado de sobreendeudamiento de empresas, familias e instituciones financieras (muchas de estas últimas en quiebra y sólo salvadas por el dinero de los contribuyentes), los únicos agentes capaces de intervenir para realizar este programa son los gobiernos que deberán recurrir a un elevado grado de endeudamiento –que deberá pagarse en el futuro- para hacer frente simultáneamente al salvamento del sistema financiero y a la reactivación de la economía real.

Los gobiernos que no puedan endeudarse más, deberán recurrir a los préstamos del FMI –para programas de desarrollo a los del Banco Mundial- o a las instituciones multilaterales regionales – bancos de desarrollo o la propia UE- para salir de la situación. Esta es la orientación keynesiana

que adoptan las políticas de todos los gobiernos –de centro izquierda o centro derecha- del G20 ampliado. Y también de otros que no forman parte de este grupo rector de la economía mundial. Se vuelve al keynesianismo por pura lógica y porque no se conocen otras políticas para hacer frente a una crisis de esta envergadura.

Por el momento, a diferencia de lo que ocurrió en anteriores crisis, mucho más leves, de estas casi tres décadas de globalización y neoliberalismo, los gobiernos no han utilizado la crisis para realizar recortes en los sistemas de protección social. Por el contrario, las conclusiones de las Cumbres del G20 de Washington y Londres hablan de fortalecer los sistemas de protección del desempleo. Sólo cuando el FMI ha tenido que volver a prestar a naciones con las finanzas públicas quebradas, o muy cerca de esa situación –Islandia, Hungría, Letonia, Ucrania, etc.- ha impuesto condiciones de austeridad del gasto público, que han afectado a los salarios de los empleados públicos.

Se vuelve al keynesianismo porque no se conocen otras políticas para hacer frente a una crisis de esta envergadura

La salida de la crisis tendría que significar un cambio del modelo económico de la globalización que ponga fin al neoliberalismo que la ha provocado a base de desregular y disminuir el papel del Estado y de lo público y entronizar la dictadura de los mercados. ¿Se producirá realmente? Es decisivo que esa salida, no digamos ya ese necesario cambio de modelo, sea gobernada conjuntamente, no sólo por el G20 sino también por las instituciones de Naciones Unidas. Porque no sólo en España clamamos con toda razón, pero por el momento desde una óptica exclusivamente nacional por el cambio del modelo basado en la construcción y los servicios de bajo valor añadido. De EE UU a Japón, pasando por China, las dos últimas economías especialmente competitivas, al contrario que la nuestra, son muchas las voces que claman por el cambio de modelo para su país. Está en juego no sólo, y no es poco, aspirar a un mundo más justo sino algo casi más complicado: después de la crisis, ¿quién va a fabricar qué o proporcionar qué servicios? ¿Dónde y cómo se van a hacer?

El sindicalismo internacional –la CSI y las FSI, las organizaciones regionales y la CES-, las centrales y federaciones que agrupa, se enfrentan, pues, a una tarea extraordinariamente compleja y difícil. Lograr que las políticas mancomunadas que están partiendo del G20 (y mucho menos de la UE, lamentablemente), al tiempo que reactivan la economía y estabilizan el sistema financiero, sean capaces de generar empleo con derechos, hacer de los principios y derechos fundamentales del trabajo decente consagrados por la OIT, un pilar fundamental de la salida de la crisis. Además deben participar activamente, a través de un sistema de diálogo social mundial, en la construcción de un modelo económico sostenible y justo que sea gobernado democráticamente.

La Cumbre de Londres y el trabajo desarrollado por la CSI en su preparación han supuesto un avance no despreciable en esa dirección. Huyendo de triunfalismos, y no siendo este el lugar para hacer una valoración más amplia de sus conclusiones –positivas, pero con lagunas, en regulación financiera; sin nuevas medidas en reactivación de la economía; muy genéricas en comercio y desarrollo sostenible; muy insuficientes en reforma de la gobernanza económica y de sus instituciones multilaterales-. Por primera vez en una reunión de estas características se ha producido un esbozo de lo que podría ser una negociación. De hecho, la delegación sindical de la CSI en Londres, de la que formé parte, pudo influir en la redacción de algunos aspectos de la Declaración de la Cumbre, introduciendo diversas enmiendas a su texto. Por mencionar algunas: las que hacían referencia al empleo –su valor como objetivo, su protección y la evaluación del impacto de las otras medidas adoptadas en el empleo- y el reconocimiento del papel de la OIT en la evaluación de dicho impacto, que abre el camino para su incorporación al G20. Uno de los párrafos más interesantes de la Declaración es el que incide en la

introducción en la agenda de la próxima Cumbre (Nueva York, septiembre de 2009) del consenso en torno a los valores y principios de una Carta para el desarrollo de una actividad económica sostenible. Esta Carta, también llamada “Iniciativa MerkelTre monti”¹, responde a una de las propuestas más importantes del sindicalismo internacional en los últimos años: interconectar de un modo coherente, para dar validez práctica, a las normas internacionales económicas, financieras y comerciales con los derechos fundamentales del trabajo. No será nada fácil alcanzar ese consenso y aplicar sus consecuencias, por la oposición de los países emergentes, pero el hecho de que aparezca el tema en la agenda del G20 es un avance muy importante.

La CSI ha establecido un eficaz procedimiento de acción articulado, mejorando la preparación de la Cumbre de Washington. Elaboró una nueva y buena declaración de propuestas sindicales; las centrales afiliadas de los países del G20 la presentaron simultáneamente a los gobiernos y la opinión pública el 23 de marzo y mantuvieron reuniones previas con los gobiernos nacionales para tratar de su contenido. Estas reuniones fueron del máximo nivel en varios países, entre ellos en el Reino Unido, Alemania, Francia y España. En España, los máximos responsables de CCOO, UGT y CEOE/CEPYME se reunieron con Zapatero la víspera del G20. El presidente del Gobierno manifestó su acuerdo con las principales propuestas sindicales y prometió defenderlas en la Cumbre de Londres, incluida la participación de los interlocutores sociales en el G20. Ya en Londres, la delegación sindical se entrevistó con el primer ministro británico Gordon Brown, los presidentes de Sudáfrica y Brasil, el primer ministro de Australia y los máximos responsables del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Mundial del Comercio.

La continuidad de la presión ante los gobiernos del G20, con las propuestas sindicales no alcanzadas y con la exigencia de ejecución de los compromisos contraídos, la preparación rigurosa de la siguiente, y asegurar el éxito y la proyección pública de la próxima Conferencia de la OIT para que de ella salga un Pacto Global por el Empleo que coloque al trabajo en el centro de la salida de la crisis y del cambio del modelo económico de la globalización. Esta es la agenda del sindicalismo internacional para los próximos meses. Ingente, a primera vista por encima de sus capacidades de acción sindical internacional, pero los tiempos también los marca la historia y tiene que saber estar a la altura de las circunstancias. Lo que ya sabemos es que las centrales nacionales y sus organizaciones tienen que conocer y participar en el desarrollo de esta agenda.

Movilizaciones supranacionales

LA MOVILIZACIÓN sindical supranacional frente a la crisis tuvo su primera cita el 1 de mayo. A continuación, en el continente europeo se celebrarán cuatro euromanifestaciones convocadas por la confederación Europea de Sindicatos (CES): 14 de mayo, en Madrid; 15 de mayo, en Bruselas; y 16 de mayo, en Berlín y Praga. Su lema: “Combatir la crisis: lo primero el empleo y los ciudadanos”. A los objetivos mundiales se añaden la exigencia a las autoridades europeas y gobiernos nacionales de que aprueben planes adicionales de estímulo de la demanda a través de la inversión pública -también de carácter europeo financiada por las emisiones de deuda del Banco Central Europeo y otros bancos centrales- y se mejore la protección de los parados. El 7 de octubre, la CSI convocará la 2ª Jornada Mundial por el Trabajo Decente, centrándola en las propuestas del sindicalismo mundial frente a la crisis.

1 En referencia a la Canciller alemana y al Ministro de Finanzas italiano